

Libros

“TIERRA

ARDIENTE

Y DEL TAMBOR...”

Estamos acostumbrados a ver, de tiempo en tiempo, “reportajes”, artículos de revistas y hasta de libros, en los que se nos pintan escenas y se nos hacen comentarios de la vida y del medio, en ciertas regiones venezolanas.

Presupuesta la buena fe, y la recta intención de quienes en la mayoría de los casos han escrito esas páginas, queda siempre, —sin embargo—, muy en claro que por mucho realismo o mucha destreza literaria desplegados por esos autores, sus trabajos son objetivamente hablando, un mero teorizar superficial; esos escritos son producto, —aunque inconsciente—, de una mera actitud turística que guía a los propios venezolanos hacia puntos o regiones de la Patria, de los que se suele decir que ofrecen extenso campo de observación. En realidad la **experiencia** de quienes van a esas regiones, “a pasarse unos días” como dicen, viene a constituir casi la peor de las recomendaciones en muchos casos, puesto que con tan ligero y mal asimilado conocimiento, no se limitan luego a relatar llanamente sus **impresiones**, sino que se lanzan a juzgar y a dictaminar sobre toda clase de asuntos y aun de problemas persuadidos de que como **han estado allí**, aunque sea (como diría Juan Vicente González) como el barril en la bodega del barco, nadie hay más llamados que ellos para sentar luego cátedra de información.

De cuán distinta manera suele escribir, y con cuánto mayor acierto, y sabor, y realismo, el autor que nos cuenta no las superficiales impresiones de turista frívolo y curiosón, —que así suelen ser muchos de nuestros criollitos cuando “se van por ahí”—, sino el que nos habla de lo que ha vivido, y experimentado día a día, y compartido con sus hermanos del

pueblo o de la región, en todas las andanzas menudas de la vida, con sus durezas y sus alegrías, sus fiestas y sus tragedias, su calor y sus lluvias, sus epidemias y días de bonanza. . . , siendo él en todo aquello parte integral de la masa humana que en esa región palpita y alienta entre anhelos y reveses.

Y si de alguien se puede decir que vive íntegra esa vida, y combina en su propia existencia, más que ninguna otra persona, la dosis mayor de todas las alegrías y de todos los dolores, de todas las preocupaciones y de todos los éxitos de sus hermanos de cualquier clase y condición social o económica, es del Párroco, del sacerdote que teniendo como oficio primordial el cuidado espiritual de un pueblo o región, sabe al mismo tiempo hacerse todos a todos, en las mil y una circunstancias de la vida, para ganarlos a todos para Dios.

Cuanto hasta aquí llevamos dicho, no pretende ser una mera especulación abstracta en torno a un tópico demasiado simple o manoseado. No hemos hecho sino formular, como en principio o tesis, la verdad que se desprende con innegable relieve, ante el lector que cierra la última página de ese bello libro titulado “BARLOVENTO”, que acaba de poner en circulación su autor el R. P. Fray José Tornero, O. P. (Imprenta Urania, Granada, España, 1952, 158 pp.)

Hemos ido observando, complacidos, cómo las notas y comentarios más diversos que han ido publicándose en torno a este libro, convienen todos en un punto común, que dice mucho a favor del libro. Tal es el hecho de que a todos les ha gustado la obra, la han leído con vivo interés, y les ha sorprendido tanto más gratamente cuanto que por tratarse de lo escrito por un sacerdote, tal vez no creyeron en un principio que su obra iba a hacérseles tan interesante.

Quien escribe ahora estas líneas puede asegurar que apenas tomó entre sus manos el libro “BARLOVENTO”, lo fué devorando con avidez en una primera y casi ininterrumpida lectura, para luego con lentitud y nuevo gusto repasar y anotar no pocos datos y páginas.

¿Y por qué, —se podría preguntar—, gusta tanto e interesa desde las primeras páginas este libro que ciertamente no está escrito con un fin recreativo, ni en él se hacen alardes de literatura sensacional, ni de altos vuelos; sino por el contrario las cosas se cuentan con el más terso y sencillo de los estilos?

Creemos que la razón más obvia del interés y gusto que el Padre Tornero logra despertar con sus páginas en todos los lectores estriba en el hecho de que escribe con verdad y con cariño. Dos cualidades que forzosamente han de cautivar al lector. Y dos cualidades que en este autor han de ser algo espontáneo y connatural, ya que escribe de lo que conoce perfectamente por haber residido durante varios años en aquel medio, y

como Párroco no sólo formó parte sustancial de aquel núcleo humano, sino además hubo de poner en las cotidianas faenas de su ministerio apostólico todo el cariño y bondad que el espíritu sacerdotal cristiano suele derramar sobre la feligresía, y ello con tanta mayor generosidad cuanto mayores son sus necesidades espirituales y temporales.

El Padre Tornero no es el escritor turista, ni el escritor viajero curioso, que mariposeando por acá y por allá, y tomando datos inconexos a vuela pluma, se regresa luego de "haberlo visto todo" (?), y en la cómoda tranquilidad de un escritorio deja que la pluma fantasee y finja reproducir realismos que no son sino cursis postales chillonas.

Quien en el arduo y celoso ministerio parroquial consagra su vida a atender a la feligresía de un pueblo o región, —no importa en qué clima, ni con cuanta pobreza, ni en qué estado de atraso se encuentre—, no puede menos de ir gradual e insensiblemente reteniendo y asimilando en su espíritu y en su corazón las más variadas experiencias, llenas de tajante verdad; y los más hondos y vivos sentimientos hijos de la caridad y de la simpatía. Y quien así pasa varios años de su vida madura y proficua, en teniendo ocasión, —si goza del don del bien decir y escribir—, podrá sin gran esfuerzo pero con indudable acierto, redactar páginas en las que se habrá vertido, con palpitante verdad y realismo, algo de lo que en su espíritu se había ido almacenando en el correr de su vida apostólica.

Y este es el caso del Padre Tornero, escritor de fino y llano estilo, y poeta de ágil inspiración: puesto a trabajar en Barlovento, en las poblaciones de Río Chíco y San José, encomendadas hace cuarenta años al cuidado de los religiosos de su Orden de Santo Domingo, concibió la idea de contarnos a los venezolanos unas cuantas cosas, del vivir cotidiano de los moradores de esa porción de nuestra Patria, que mucho se nombra, de la que en realidad sabemos muy poco, y que en cambio ha servido de tema para manifestaciones literarias y artísticas, que aunque bien intencionadas nos presentan a un Barlovento poetizado y maquillado que en muy poco se parece a la dura realidad de la vida en aquella "tierra ardiente y del tambor. . ."

Pero de esa ya larga etapa de apostolado dominicano en tierras de Barlovento, el P. Tornero ha querido conservar el recuerdo de los trabajos de un heroico hermano suyo en religión, el P. José Zapico, quien durante casi treinta años continuos gastó sus energías y empleó todo su celo y caridad a manos llenas entre los feligreses del pueblo de San José principalmente. Por eso el título completo del libro que nos ocupa reza así: "**BARLOVENTO, Cruz y Gloria del Padre Zapico.**"

Bien merecía ese llamado y abnegado apóstol que su memoria quedara en alguna manera consignada en los anales

patrios, mediante un libro donde aparece no solamente algo de sus labores propiamente parroquiales y sacerdotales, sino también algo de todo lo demás en lo que las mil circunstancias de la vida vida pobre y sufrida de los pueblos hacen que el Padre tenga que intervenir.

Y de esta manera, en torno a la figura recia y bondadosa del Padre Zapico, va el autor dándonos a conocer escenas y cuadros de la vida barloventeña, con toda su viveza y realismo, sin ninguna exageración de tonos ni afán de ir a llamar la atención, —como bien se desprende de la sencillez y tersura de su estilo—; sino copiando al natural las cosas como él mismo las ha vivido y presenciado.

El libro no pretende ser una historia de la labor dominicana en Barlovento. No ha sido esa la intención del autor; aun cuando las cosas que escribe son auténtica historia. Ni en absoluto puede decirse que el libro sea una biografía del Padre Zapico, no obstante ser muchas de sus páginas trozos de biografía. Mejor cabría afirmar que el Padre Tornero ha escrito la biografía de un trozo de Barlovento, para el lapso en que anduvo por allí el Padre Zapico.

Y ya metido en esa labor, el biógrafo ha dejado correr la pluma con espontánea facilidad, como quien nos cuenta cosas y cosas perfectamente naturales y ocurridas en aquel medio por él tan bien conocido; y por eso no tiene que apelar a nada de inventiva o fantasía. Y sin embargo, su relato, y sus diálogos, sus descripciones despiertan tal interés, y corren con tal amenidad, que el libro se lee con tanta avidez como una buena novela. Y no podemos callarnos de decir que más de uno y de dos de nuestros llamados novelistas podrían venir a aprender en las páginas de Tornero el arte del diálogo popular regional, y el del relato pintoresco, lleno de sentido humano y de dramatismo. Y como prueba de ello basta con remitir al lector al capítulo VIII, titulado "¡Las chorreras del Río Tuy!" Creemos que es lo mejor de todo el libro. Es un relato vivo, dramático, terrible, de uno de esos periódicos casos de pánico colectivo en la población cuando el "Río Grande", —como llaman con solemnidad al Tuy los barloventeños—, viene "creciendo" y se echa sobre el poblado y amenaza con destruirlo todo.

A medida que corren las páginas bajo los ojos y entre los dedos, va el lector encontrado un tesoro de datos, y de pinceladas magistrales, y de observaciones precisas sobre las cosas al parecer: mas triviales o corrientes de la vida barloventeña; y sin embargo, en ese cotidiano y menudo, que parece nada, es tal vez donde se encierra el meollo de la vida de un pueblo; y precisamente en esa monotonía y casi intrascendencia de tal vida por meses y por años, tiene el sacerdote que lograr su debida adaptación para por una parte hacerse uno con to-

dos, y por otra no dejarse llevar de la corriente, no dejarse devorar por el medio, a fin de poder actuar como padre, guía y maestro, con la autoridad y dignidad que su cargo le exige.

Así vemos moverse al Padre Zapico desde su llegada a tierras barloventeñas en fines del año 1913. Llegar y ponerse enseguida a la faena, sin mucho pensarlo, fué todo uno. Pronto fué dándose cuenta de las necesidades principales del pueblo, materiales y espirituales. Nota que muchos males tienen su raíz en la crasa ignorancia de aquellas buenas gentes. Pues, a fundar una escuela! "En la misma casa parroquial y en la noche, después del rezo del Rosario, comenzó su labor de maestro. Lectura, escritura, cuentas, elementos de higiene y mucho Catecismo. Aquella escuela del Padre Zapico, se hizo célebre entre los muchachos de San José, que deseaban llegara la hora de escuchar las explicaciones y las enseñanzas de aquel Padre tan bueno y que tanto sabía. Ningún maestro había llegado a S. José, que enseñara tan bien y tan pronto. Aun hay muchos hombres en San José, que dicen con satisfacción: "A mí me enseñó a leer el Padre Zapico". Y como anota el autor, de aquella escuela salió mucho bien para el pueblo: organización de fiestas, clubs de Beisbol, una revista impresa en multígrafo, etc. Tal suele ser la típica labor del sacerdote apóstol que en todo busca hacer el bien. Andando los años, el Padre Zapico emprende la obra de la nueva Iglesia, pues la existente era muy pobre y chiquita. Y como no hay ladrillos, consigue un terreno y monta él mismo un horno para hacerlos; y por la noche, terminados sus trabajos curales, cuando todos van a dormir, él se pasa horas allá solito atizando el fuego del horno donde se cuecen los ladrillos; y luego cuando no encuentra quien le traiga arena del río, también él se meterá al agua, por horas, a palear para la casa de Dios.

Las enfermedades hacen su estrago. La falta de higiene y de medicinas, y la pobre alimentación de las gentes, hacen más fácil las epidemias. Además en aquellos años el paludismo endémico era amo de la región. "Pasma, puntás y fiebre agotadora", nos recuerda el autor que eran los términos del habla popular para indicar aquel flajelo. Y en su resignado dolor y pobreza, la única curación consistía en "esperar que pase". El buen Párroco atiende como puede a aquellas necesidades. Siempre tenía a mano un modesto botiquín con lo más indispensable para curar heridas, y él mismo hacía de practicante a cada paso. Y para mejor atinar en casos difíciles, hizo que le enviaran un buen "Recetario Doméstico", que le prestó admirables servicios.

Imposible seguir aquí paso a paso, la vida de entrega íntegra que de sí hizo el Padre Zapico a la faena apostólica.

A medida que pasaban los años, más y más se identificaba con aquella tierra y con sus moradores. Clima, plaga, enfermedades, soledad..., todo lo superó con ánimo imbatible. Su frase habitual, bien criolla por cierto, era "¡Echa p' delante"! Nunca quejoso, hecho a su trabajo, alguien pudiera creerlo insensible a las penas. Y sin embargo, sus hermanos de comunidad recuerdan que en sus últimos años tomaba su habitual tacita de café [tinto sin azúcar, porque decía: "Quien ha aprendido a tomar la vida sin azúcar, bien puede también tomar el café".

Los habitantes de San José observaban bien claro cómo trabajaba el Padre, y le decían: "Cuidese, Padre Zapico, que esta tierra no es para blancos...!" Pero como dice su biógrafo "él se iba haciendo negro, para resistir con alma y vida la ruda tarea de un apostolado que la gente no llegó a comprender. En el rostro ennegrecido y mate, sólo aparecían sus ojos azules como el signo de alta espiritualidad y pensamiento del cielo. "El negrito de los ojos azules" le llamaban, y era".

Por fin, como tenía que suceder, empezó también su cuerpo a desmoronarse "como rancho de baharaque" (dice criollamente Tornero). "Ya se le veía por las calles inclinado y tosiendo. Tenía todo el aspecto de un campesino palúdico. Cejas prominentes, pómulos demacrados, color de tierra y voz enronquecida..." Traído a Caracas, allí, sintiendo terriblemente la separación de su querido Barlovento, se fué apagando como una lámpara que ha consumido toda su sustancia.

Precioso libro este que nos ha obsequiado el Padre Tornero. Vivo relato criollista en todas sus páginas; trozo magnífico de apología de lo que hace la Iglesia Católica, por medio de sus abnegados apóstolos; y cuadro justiciero de algo de la vida de uno de ellos.

Que vayan las páginas de ese libro ahora a las manos de algunos de esos parásitos de la sociedad, que escudados torpemente tras el mal llevado título de periodistas o columnistas, entre copas de licor y chistes obscenos, hablan y escriben acerca de la ociosidad de los curas, y de que los religiosos extranjeros sólo vienen a buscar dinero y que no hacen nada de provecho. Mientras tales traficantes del periodismo sacan para sus vicios un mal ganado dinero con lo que tan torpemente escriben, por ahí andan desconocidos y olvidados, docenas de sacerdotes trabajando abnegadamente entre los pobrecitos y necesitados de tantos pueblos de la Patria.

Ojalá que el libro del Padre Tornero sea leído por todos los venezolanos. Y aseguramos desde ahora que ninguno se aburrirá con su lectura.